

Tres cronistas de Córdoba

Armando Zárate

Es Profesor Emérito de la Universidad de Vermont,
Estados Unidos.

Universidad Nacional de Córdoba
Centro de Estudios Avanzados (CEA)
Av. Vélez Sársfield 153 - 5000 Córdoba - Argentina
C. electrónico: revista@cea.unc.edu.ar
ESTUDIOS N° 17 (Primavera 2005) • ISSN 0328-185 X

I. Fray Reginaldo de Lizárraga

Uno de los mayores cronistas de nuestro centro histórico y regional nació en Medellín, España, hacia 1540.

Se llamaba en verdad Baltasar de Obando, pero habiendo viajado a Quito con sus padres recibió el nombre de Lizárraga al ingresar a la orden de los predicadores dominicos. En 1572 pasó a Chuquisaca. En 1581 fue instituido vicario del reino de Chile. Vino a ejercer después el priorato del Rosario de Lima. Por aquella época, siempre en zozobras, fue distinguido capellán de la armada que el marqués de Cañete, virrey del Perú, dispuso para combatir al corsario inglés Richard Hawkins. Después fue designado provincial de la jurisdicción que por entonces abarcaba Chile, Argentina y Paraguay, con la orden de visitar los conventos del inmenso territorio. Ricardo Rojas, que editó en 1916 dos volúmenes de su obra, dice que el buen fraile recorrió nuestros países con el “solo auxilio de su bastón de caminante y su despojada alforja, aunque no siempre a pie, sino a caballo”. Dos veces Lizárraga descansó para escribir su obra: primero, los ensayos teológicos mientras residía en el Valle de Jauja, y después la mayoría de sus crónicas, cuando Felipe III le nombró obispo del Río de la Plata, con sede en Asunción. En el curso de su misión murió en 1615.

Lizárraga fue cronista y narrador de viajes. Buen observador de detalles, gente y circunstancias, su prosa se lee todavía con frescura. Pero ocurre, como en tantos cronistas, que un rasgo suyo configura ficciones poéticas fugaces o

insólitas. Proclive a la mágica y no menos misteriosa conquista de la naturaleza americana, en la que Vespucci vio endriagos y Caboto hombres con pata de ave-truz, vagando el fraile por las barrancas del Suquí se halló con tumbas de gigantes, vio prodigiosamente el vuelo de serpientes en la noche y observó que había piedras que brotaban de la tierra con un estallido.

Lo más correcto es suponer que Lizárraga estuvo en Córdoba entre 1592 y 1593. Los títulos *Descripción y población de las Indias* o *Descripción colonial* son en realidad nombres cambiados a su *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, cuyo manuscrito se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza. Fuera de esta obra tan personal, se le atribuyen libros y opúsculos sobre cuestiones religiosas: *Los cinco libros del Pentateuco*, *Los Sermones del tiempo* y los enigmáticos *Comento a los Emblemas de Alciato*.

Un estallido tan recio como un arcabuz disparado

La ciudad de Córdoba es fértil de todas frutas nuestras, fundada a la ribera de un río de mejor agua que los pasados, y en tierra más fija que la de Tucumán, está más llegada a la cordillera; danse viñas, junto al pueblo, a la ribera del río, del cual sacan acequias para ellas y para sus molinos; la comarca es muy buena, y si los indios llamados comechingones se acabasen de quitar, se poblaría más. Tres leguas de la ciudad, el río abajo, en la barranca de él, se han hallado sepulturas de gigantes, como en Tarija. Los campos crían muchas víboras y hitas, que de él vienen volando a la ciudad en anocheciendo, como si no bastasen las que se crían en las casas; es abundante de todo género de ganado nuestro, y de mucha caza, venados, vicuñas y perdices. Hállanse en esta provincia de Tucumán unos pedazos de bolas de piedra llenas de unas puntas de cristal, o que lo parece, labradas, transparentes, unas en cuadro, otras sexabadas; yo las he visto y tenido en mis manos; estas puntas están muy apeñuscadas unas con otras y tan juntas como granos de granada; son tan largas como el primer artejo del dedo de en medio, comenzando desde la lumbre del dedo, y gruesas como una pluma de ánsar con lo que escribimos; he dicho todas estas particularidades por lo que luego diré: estas bolas son tan grandes y tan redondas como bolas grandes de bolos; críanse debajo de tierra, y poco a poco naturaleza las va echando fuera; cuando ya (digamos así) están maduras, y un palmo antes de llegar a la superficie de la tierra, se abren en tres o cuatro partes, con un estallido tan recio como un arcabuz disparado, y un pedazo va por un cabo y otro, rompiendo la tierra; los que ya tienen experiencia de ello acuden, oyen el trueno y buscan estos pedazos, que hallan encima de la superficie de la tierra, yo creo que, fuera de estas puntas, hay en medio de la bola alguna cosa preciosa que naturaleza allí cría y no la quiere tener guardada. Aquellas puntas, si las labrasen lapidarios, deben ser de algún precio; allí no las estiman cosa alguna.

José Guevara

Se considera a José Guevara el cronista nominal que vino a suceder al talentoso y muy difundido Pedro Lozano en la historia jesuítica de Córdoba del Tucumán. Había nacido en Villa de Recas, región de Castilla la Nueva, en 1719. Apenas novicio vino al Río de la Plata en 1734. En Córdoba ejerció prematuramente las cátedras de gramática y de teología, lo cual no era una distinción común en otros religiosos. Muy por entero, como en otros jesuitas, el valor de Guevara reside en haber señalado con entusiasmo lo más destacado de la belleza natural y artística de los pueblos nativos de América. Le pareció el colibrí obra milagrosa del Espíritu. Como Fernández de Oviedo, Bernardino de Sahagún, Pedro de Alvarado y otros cronistas celebró con encomio a la más pequeña y deliciosa de las avejillas que, mientras dura la luz, vive en el aire más que en las ramas.

La obra de Guevara permaneció inédita hasta 1836. El volumen se titulaba *Historia del Paraguay, del Río de la Plata y Tucumán*, que lamentablemente su editor Pedro de Angelis, cortesano de Rosas, decidió mutilar para no pasar él por cismático. Al ejecutarse la prisión de los jesuitas, entre la noche del 11 y la madrugada del 12 de julio de 1767, el muy astuto sargento mayor Fernando Fabro ordenó sobre la marcha la disposición de apresarlos. La soldadesca sorprendió al padre Guevara en su celda de Santa Catalina, convento situado a doce leguas de la capital cordobesa. Se cumplía así la orden secreta de Carlos III y del Papa Clemente XIV que declaraban extinguida la Compañía de Jesús por el Breve "Dominus ac Redemptor noster". Con el procedimiento se llevaron documentos históricos, tratados científicos y las obras ilustradas del archivo jesuítico. José Guevara, con otros sacerdotes, estudiantes y novicios, fue embarcado a bordo de la fragata *Venus*, que lo condujo a Europa. Destinado a Italia, siendo canónigo de Spello, halló la muerte en 1806.

Rundún o Picaflor

Es un pajarillo tan pequeño que, puesto en balanza, no excede el peso de un tomín, y por eso se llama también *tuminejo*. En lengua quichua le dicen *Quenti*; en la guaraní, *Mainimbii*, y en la castellana Picaflor. No hay cosa en este animalito que no sea extraordinaria y maravillosa: su pequeñez, su inquietud y azorada viveza, su alimento y su color, su generación y últimamente el fin de su vida. Entre las aves es la más pequeña. Su cuerpo, vestido de hermosas y brillantes plumas, es como una almendra, el pico largo, sutil y delicado, con un tubillo o sutil aguijón para chupar el jugo de las flores. La cola, en algunos, es dos veces más larga que todo el cuerpo; el vuelo es velocísimo y en un abrir y cerrar de ojos desaparece y lo halla la vista a larga distancia, batiendo sobre el aire las alas, aplicando el pico a alguna flor y chupándole el jugo de que únicamente se mantiene. El vuelo no es seguido,

sino cortado y rara vez se sienta sobre los árboles, y entonces se pone en atalaya para espiar las flores más olorosas, y darles un asalto para chuparles el jugo que a ellas vivifica, y con que ellos se mantienen.

El color es un agradable esmaltado de verde azul turquí y sobre dorado, que, embestido de los rayos del sol, hierre y ofende la vista con su viveza. No se puede negar que en pequeñez y colores se encuentra alguna variedad, pero es mejorando siempre, con un naranjado vivísimo que, herido de los rayos solares, imita las llamas del fuego. Su nido pende al aire de algún hilo o delgada rama al abrigo de los árboles y techos, compuesto de livianos flequecillos. Es del tamaño de una cáscara de nuez, pero tan ligero que apenas pesará un tomín.

En este nido, domicilio de la más pequeña de las aves, pone la picaflor hembra un solo huevo, con su natural calor lo fomenta, como solícita criadora, y a su tiempo, cuando el instinto de sabia madre lo dicta, rompe el huevo, y sale el hijuelo con figura de gusano: poco a poco desenvuelve y desata sus miembros. Cabeza, pies y alas y, en figura de mariposa, empieza a volar y sustentarse del jugo de las flores con la azogada inquietud de movimiento y variedad deleitable de colores esmaltados, que se admiran en el picaflor. Como no ha llegado aún a su natural perfección, pasa del estado de mariposa al de pájaro y se viste de plumas, al principio negras, después cenicientas, luego rosadas y últimamente matizadas de oro, verde y azul turquí, desenvuelve el pico que dicen algunos lo tiene arrollado en la cabeza y yo me inclino a creer que la trompa varía algo de figura, y se endurece y viste de anaranjado: algunos curiosos observadores han notado el estado medio y se han dignado prevenirme, que ellos mismos han visto una parte configurada con la de mariposa y otra con la de picaflor.

Martín Dobrizhoffer

Cuando poetas y cronistas llegaron a América existían regiones intocadas, como si recién se hubiera iniciado el primer día del Génesis. Cada región tenía su rostro y su asombro, sus mitos y su idioma peculiar. La naturaleza conformaba su ilusión y su conflicto. La soledad había propiciado su tiempo nuevo, su encuentro providencial con lo raro y su acento admirativo. Como en Lizárraga, el relato de Dobrizhoffer surge animado de impresiones vernáculas a fuerza de escribir a vuela pluma, no siempre sobre lo que se ha visto, sino sobre lo que se presume o se ha oído decir. Hasta la tierra ruge, sostiene el cronista, con horrible fragor subterráneo, semejante a batanes o fuegos de artillería. El encanto de tan curiosísimo hecho de la naturaleza o de la leyenda inaugura el primer "Pisón", que tendría después parecido bullicio extranatural entre los pupilos del Colegio de Monserrat.

En Dobrizhoffer se cumplió casi el mismo destino de muchos jesuitas que llegaron a las regiones platenses del Tucumán: el retorno a Europa o el exilio.

Nuestro cronista procedía de Gratz, ciudad de Austria, donde había nacido en 1717. En septiembre de 1748 se embarcó en Lisboa rumbo a América y cuatro meses después llegó al puerto de Buenos Aires. Estudió un segundo noviciado en Córdoba. En 1750 fue destinado a servir en las regiones donde la Compañía de Jesús difundía su política espiritual. Conoció las reducciones guaraníes de Formosa y del Chaco. Durante dieciocho años se dedicó al estudio de la lengua y costumbres de los abipones. La expulsión de la orden y su abolición por la curia romana lo sorprendió en un pueblo de indios itatines. Regresó, sin embargo, a su patria natal. Resumen o memoria de su vida fue el libro latino que publicó en Viena (1783): *Historia de Abiponibus equestri, Bellicosaque Paraquariae Natione*. Traducido al inglés y al alemán, antes de que pasara a nuestro legado, según Furlong es el libro “más ameno y sabroso de nuestros historiadores”. Dobrizhoffer murió en 1791.

El vulgo cree que un espectro o duende cabalga por las calles de la ciudad

En la región de Córdoba se ven rocas de una altura extraordinaria por lo general. A pocas leguas de la ciudad, sobre el río Pucará que también corre por el costado de ella, hay un lugar donde se quema cal. Cuando en una ocasión yo fui enviado allá oía por diversas veces un horrible fragor como tiros de cañón. La noche estaba serena, el cielo sin nubes y no se movía brisa alguna. Yo hubiera jurado que en cualquier sitio cercano una fortaleza era atacada a cañonazos. Pero los habitantes parados a mi lado me aseguraron que tales truenos eran propios de estas rocas y se escuchaban casi diariamente. Tal vez que el aire comprimido en las cuevas de los cerros al tratar de salir de las grietas demasiado angostas, es rechazado por las desembocaduras rocosas, rebota en las curvas y por ello emite un mugido tan horrendo y parecido al trueno. Sin embargo, me extraña que en mis muchos viajes por la sierra de Córdoba no haya percibido jamás un fragor subterráneo de este modo.

En la misma ciudad de Córdoba se oye a veces, durante la noche, un sordo murmurar como si un pisón de madera moliera algo dentro de un mortero. Este estrépito sordo y sonido triste corre desde una calle a la otra. Los españoles lo llaman el pisón que denota en español un vatidor o un instrumento con el cual los emprendedores pisonean sus adoquines. El vulgo cree que un espectro o duende cabalga por las calles de la ciudad y le tienen miedo. En dos años enteros he oído por una sola vez este murmullo nocturno, pero no dudo que nace de un viento subterráneo que sale entre las grietas de la tierra y busca con vehementes impulsos su salida, pues todo el suelo sobre el cual se encuentra la ciudad, se halla, para

decirlo así, excavado por repetidos terremotos y se hunde, como he observado, en frecuentes ocasiones.